

POZO FLORES, Mikel

Vasconia tardoantigua. Entre la evolución sociopolítica y la construcción intelectual.

CSIC

Madrid, 2022, 489 pp.

ISBN: 978-84-00-11068-0

Estudiar la historia de la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media del País Vasco supone enfrentarse a una tarea titánica por dos razones. Por un lado, debido a la proyección hacia el pasado de la identidad nacional, algo frecuente —como se advierte de esa suerte de «revival» de la identidad hispana por parte de algunos nuevos escritores de narraciones ya muy viejas—, pero que adquiere una enorme intensidad emocional en el caso vasco. Por otro lado, debido a la escasez de evidencias, en especial escritas, un rasgo compartido con muchas regiones a lo largo de ese periodo, que de nuevo se agudiza en el ámbito vasco. El presentismo y las dificultades para disponer de datos empíricos representan retos para el estudio de la Vasconia posromana (término que considero más adecuado que tardoantiguo, aunque tampoco me parece que sea útil una disputa sobre los nombres). Puede que, en términos puramente historiográficos, estemos en uno de los terrenos más resbaladizos y peligrosos para el investigador de esos periodos.

Afortunadamente, en los últimos decenios, y de la mano de la arqueología, se han obtenido nuevos datos que han promovido una reflexión, no exenta de discusión, gracias a la cual se ha avanzado en un conocimiento mucho más ajustado del periodo. Una clave relevante es el retroceso de las visiones primitivistas, que abogaban por la persistencia de un sustrato prerromano apenas modificado por el dominio romano. Tales ideas se han ido abandonando, al calor de la recepción de propuestas interpretativas innovadoras,

fruto de las visiones actuales sobre el pasado tardoantiguo-posromano-altomedieval. Es verdad que la Vasconia del periodo fue siempre un pequeño rincón alejado de los principales focos de poder y de cultura, lo que ha posibilitado la persistencia de clichés que continúan funcionando en las imágenes difundidas fuera de la academia. Pero ya desde los años 90 se ha ido progresivamente imponiendo la necesidad de pensar en términos de complejidad una historia regional, con sus particularidades, pero también con sus similitudes respecto al devenir global europeo.

En esta encrucijada, surge el trabajo de Mikel Pozo Flores, como consecuencia de una investigación doctoral. La obra pretende ser una síntesis interpretativa del caso regional, utilizando para ello todo el bagaje empírico y teórico que está nuestra disposición, a través de una lectura detallada, siempre crítica en el mejor de los sentidos de esa palabra, que encuadre el caso de estudio en tendencias mucho más generales. Y lo consigue. Debo decir que he leído el libro con enorme interés y que, aunque no siempre esté de acuerdo con el autor, este ofrece en todos los casos argumentos sólidos para hacer interpretaciones que a veces pueden ser muy atrevidas. En un mundo académico donde se arriesga poco en la explicación, me parece un posicionamiento valiente, el único mediante el cual puede avanzarse. Por todo ello, debo darle la enhorabuena al autor, ya que nos ofrece un estudio erudito, pero también interpretativo, de muy alto nivel.

Desde un punto de vista metodológico, el libro utiliza con maestría dos registros muy diferentes. Por un lado, Mikel Pozo analiza con sumo cuidado las magras referencias a Vasconia y los vascones en los textos escritos. Para ello, resume las interpretaciones que se han dado a estas referencias, bien conocidas

por los especialistas, pero hace también una labor de contextualización de cada una de ellas que permite comprender mucho mejor su significado. No deben entenderse como datos en bruto, sino como parte de una serie de discursos cambiantes a lo largo del tiempo. Por otro lado, el autor recoge la nueva evidencia arqueológica, centrándose especialmente en dos aspectos: las necrópolis y las iglesias. Ambos elementos son, sin lugar a dudas, las bases que permiten construir un nuevo relato, muy alejado del que ha sido dominante hasta tiempos recientes. Sin embargo, son registros complicados, que deben leerse con sumo cuidado, sobre todo porque no siempre se dispone de datos de gran calidad, debido a las propias condiciones en las que se han desarrollado esas intervenciones, algunas de ellas ya añejas. Es bien sabido que el cruce entre los datos del registro escrito y los del registro material no es sencillo, porque hablan sobre temas diferentes y con lenguajes distintos. Para abordar la tarea de usarlos combinadamente, es necesaria una pericia que no sitúe a un registro en una posición subsidiaria respecto del otro, así como generar una batería de cuestiones comunes. En mi opinión, el libro muestra ese equilibrio y esa percepción de la dificultad de caminar entre dos aguas.

Todo ello le permite construir una explicación holística de los procesos que afectaron a este rincón de la Europa posromana. Se trataba de un espacio perfectamente integrado en el mundo romano, donde la vía que unía *Burdigala* con *Asturica* servía como principal eje, en torno al cual se localizaban una serie de núcleos dotados de cierta relevancia regional/comarcal. El siglo v habría dado lugar a una doble ruptura. En primer lugar, las incursiones bárbaras contra Hispania, en el marco de la usurpación de Constantino y de la presencia de su hijo Constante

y del general Geroncio, habría provocado inicialmente la retirada de las tropas *rusticani* de los pasos del Pirineo que abrían el camino por la vía señalada. Esos *rusticani* serían tropas autóctonas que, una vez derrotada la usurpación, volvieron a ejercer esa función. Pero las condiciones se habían modificado, porque las tierras más al oeste ya no estaban bajo dominio directo romano. Este confín de la Tarraconense se convirtió así en un espacio de frontera dentro del sistema imperial. La segunda ruptura se habría producido en los años '40 y comienzos de los '50 de esa misma centuria. Mikel Pozo realiza una sugerente lectura de los escasos testimonios sobre los bagaudas para interpretarlos en términos de una pugna interna entre los grupos de *possessores* locales y los grupos militares, herederos directos de los *rusticani*, quienes finalmente vencieron, lo que les aupó a una posición hegemónica en la sociedad local.

A partir de ese momento, se habría intensificado la militarización de los grupos dirigentes locales. Sin embargo, su plasmación más clara se produjo ya en el siglo vi: se trata de los enterramientos con ajuares. Estamos ante la que ha sido sin duda una de las principales revelaciones arqueológicas de los últimos decenios, cuya explicación, debido al profundo impacto que supuso su descubrimiento, ha ido poco a poco modificándose. Mikel Pozo vincula a estas necrópolis con la presencia de unas élites militarizadas, asociadas a los antiguos espacios en torno a la vía romana. La influencia de la Galia meridional sería consecuencia de que, en esos momentos, el siglo vi, era el espacio político más fuerte e influyente en la zona, lo que trajo consigo la imitación de rituales funerarios que conllevaban el uso de elementos con simbología militar. A partir de un buen conocimiento de los estudios que han subrayado el papel de los ajuares como elementos

de configuración de una identidad (Guy Halsall) y de la aceptación de los modelos de etnogénesis de la escuela de Viena, con los matices introducidos recientemente por autores como Walter Pohl, Mikel Pozo realiza una relectura de esos materiales como un aspecto central en la creación de una identidad social asociada a liderazgos militares. Aunque estas prácticas se datan inicialmente en el siglo VI, algunas evidencias podrían indicar la proyección de estas necrópolis a periodos posteriores, hasta la conquista musulmana. Por otro lado, y en coherencia con estos postulados, rechaza que estemos ante las áreas de enterramiento de comunidades campesinas, situándose claramente en la estela de las reflexiones de Agustín Azkarate. Al mismo tiempo, surgen algunas reflexiones relevantes. El hecho de que esta práctica no se documente en otras áreas peninsulares parece ser un indicio de la formación de una identidad política diferenciada. A ello se suma el análisis de esos ajuares, que muestra cómo los individuos enterrados se movían en un nivel de riqueza que se vincula más bien a liderazgos comarcales, alejándose de las dispendiosas representaciones de otras zonas europeas. Por tanto, esas élites no disfrutaban de un control social y económico elevado, pero su presencia en varias zonas prueba que eran grupos interconectados entre sí y con el espacio externo. Esta formación de una identidad política asociada a la militarización y a una escala local/comarcal de dominio vino acompañada de una reivindicación de elementos culturales autóctonos. Es muy interesante la reflexión acerca de la ausencia posterior de antropónimos germánicos y la vigencia de un substrato prerromano, una característica específica de los territorios vascones, aunque en este punto la hipótesis del autor acerca de su vínculo con los *rusticani*, a pesar de ser factible,

me parece un tanto arriesgada. En cualquier caso, se describe así un contexto coherente con los datos disponibles.

La integración en el reino visigodo en el último tercio del siglo VI se produjo a partir de esas coordenadas: unos grupos dirigentes, que intervinieron directamente en algunas de las pugnas ocasionadas por este complejo y mal documentado proceso, pero que no necesariamente estaban opuestos al mismo. Fueron esos grupos los que recibieron el nombre de vascones como una etiqueta creada desde fuera y que reconocía su singularidad. Las tierras de los vascones, que habían sido un lejano confín, se convirtieron en una periferia, condición que explicaría adecuadamente su trayectoria. En el marco del reino visigodo, estos grupos pudieron haber colaborado con rebeldes que ansiaban el trono de Toledo. En esas circunstancias, se elaboró una imagen de los vascones que tenía una función clara en la legitimación del poder regio. Los textos, altamente ideológicos y con una fuerte carga retórica y poética, concedieron a los vascones la categoría de feroces, un grupo de guerreros indefinido, sin una cabeza clara, cuya participación en los relatos era ser el objetivo de las victorias de los reyes. El autor realiza una lectura crítica de los pasajes, muchas veces analizados de manera descontextualizada, para resaltar cómo la creación de la imagen de los vascones respondía a una construcción intelectual al servicio del poder regio. El corolario es que no había una pugna entre estas élites regionales y el *regnum*, sino que este último estaba conformado en realidad por esas élites o, dicho de una manera un tanto pedestre, el *regnum* eran las élites. Una situación que también puede aplicarse a buena parte de la Meseta del Duero del siglo VII. La diferencia estibaría en la particular militarización de los vascones.

Sin embargo, esa militarización no resumía todos los aspectos en los que se basaba el estatus de las élites vasconas. El hallazgo de algunas iglesias correspondientes a este periodo (Dulantzi, Finaga) ha mostrado la inversión de las élites en la construcción de este tipo de edificios y, en definitiva, la vigencia de la Iglesia como poderoso vector social. Un fenómeno adaptado a las condiciones económicas limitadas de sus posibles promotores, pero que muestra la existencia de otros mecanismos de creación y expresión del dominio social. Unas vías que se combinaban con las prácticas funerarias, puesto que se observa la presencia de enterramientos con ajuares en estos lugares. No había, por tanto, una disparidad entre un *ethos* militar y otro religioso. Los interesantes datos proporcionados por la iglesia de Dulantzi, gracias a los cuales sabemos que buena parte de los enterrados con ajuares eran de origen local, refuerzan esa idea. El autor conecta la presencia de estas iglesias —cuya relevancia e interés ya fueron puestos de manifiesto por Juan José Larrea, director de tesis de Mikel Pozo, en un excelente trabajo— con el papel del obispo de Pamplona. Emplazado en el único núcleo de población que puede definirse como urbano (aunque el autor revisa críticamente el *De laude Pampilonae*), sería un vínculo entre las sociedades locales y el poder toledano. Los vaivenes de la presencia de los obispos pamploneses, que fueron objeto de una viva polémica historiográfica a finales del siglo pasado, deben entenderse, por tanto, dentro de la compleja trama de acontecimientos políticos en los que los grupos vascones estuvieron involucrados.

Este rápido resumen no hace justicia a los matices que expresa el autor, aunque creo que refleja en trazos muy gruesos las principales aportaciones. Un patrón que tal vez se proyectó más allá de la conquista

musulmana, aunque se introdujeron entonces importantes cambios, de los que es buena muestra la necrópolis de la Plaza del Castillo. De todos modos, y volviendo a esos matices, es probable que en muchos casos puedan expresarse disensiones con algunos de los argumentos específicos del autor o con los análisis específicos que hace sobre una fuente o un tipo de material arqueológico. Ahora bien, me parece que sería injusta una lectura de ese tipo, porque el objetivo del autor es crear una síntesis interpretativa y ofrecer una explicación alternativa a las existentes. No cabe duda de que lo consigue. El libro permite dibujar un cuadro general que se aleja de los postulados primitivistas y que enlaza el caso de estudio con las coordenadas del mundo tardoantiguo, posromano o de la primera Alta Edad Media. Para ello, en ciertas ocasiones el autor lleva a cabo comparaciones con otros casos (Bretaña, Baviera, Kent) que, más allá de que puedan ser discutibles —debido a que no se busca delinear un cuadro detallado, sino ofrecer unas pinceladas— me resultan una de las aportaciones más significativas. Entender que la trayectoria del área de los vascones no fue tan particular y que puede comprenderse dentro del haz de experiencias regionales que se observan en este periodo es fundamental para huir de uno de los grandes males que han aquejado a la historiografía sobre el País Vasco: el ensimismamiento.

Estamos ante un libro excelente, que algunos esperábamos desde hace tiempo. Precisamente por ello, es una obra que da pie al debate, que no a la crítica. Hay muchos puntos que me suscitan dudas y preguntas. Me gustaría citar algunos. Uno de ellos es central, ya que se refiere a la doble ruptura del siglo v. Aunque se trate de la explicación más coherente dada hasta el momento, e incluso resulta, en mi opinión, muy convincente,

lo cierto es que es solo una conjetura. No disponemos de ningún dato que describa quiénes los *rusticani* ni cuál era su función, ni siquiera que hayan vuelto al control de los pasos. E igualmente, la propuesta sobre la interpretación de los bagaudas me resulta muy sugerente, y desde luego la prefiero a otras que se han ofrecido; pero de nuevo carecemos de cualquier evidencia y la imagen que se da de los dos grupos es un tanto estereotipada, habida cuenta de que no sabemos nada. Me parece que es un punto crucial, ya que lo que constituye una de las principales aportaciones no se puede sostener más que en una interpretación coherente e inteligente, pero nada más. Obviamente este no es un problema del autor, sino la consecuencia de que las fuentes a nuestro alcance son las que son.

Otro aspecto es el de la militarización. Creo que a partir del siglo VI, el análisis de los ajuares permite argumentar en ese sentido, si bien caben otras posibles hipótesis. En cualquier caso, me parece la que mejor se adecua a la evidencia de la que disponemos. La cuestión de nuevo es el siglo V, para cuando no tenemos ninguna evidencia material o textual que permita afirmar que esos grupos poseían un fuerte *ethos* militar. Si se defiende una línea de continuidad entre los *rusticani* y las élites que se representaban con ajuares militares en el siglo VI, el problema es que no hay nada que pruebe esa militarización en momentos previos. Podríamos aceptar que es un cambio a partir del siglo VI. No obstante, volvemos a encontrarnos con una dificultad, ya que cabe preguntarse ¿contra quién se llevaba a cabo esa acción guerrera? ¿quiénes eran los que sufrían tales acciones destinadas al botín? No hay evidencias claras y no es posible identificar acciones belicosas reiteradas que fuesen encabezadas por los vascones. En definitiva, antes de la construcción de

la imagen del vascón en las fuentes francas y visigodas, nada hay que permita asegurar una actividad guerrera continuada y eficaz. Quizás las élites etiquetadas como vasconas se representaron en términos guerreros en los ajuares por efecto de una mimesis política y cultural, no para plasmar su condición de guerreros, sino para representarse como tales. No quiero decir que fuera necesariamente así, pero al menos cabe preguntarse por esa hipótesis.

Una última apreciación tiene que ver con el hecho de que la tesis no disponga de lo que podría definirse como un espesor social suficiente. Desde luego, el objetivo del libro no era ese, aunque de nuevo surgen las preguntas. Estas élites militarizadas que construían iglesias, ¿se sostenían únicamente con el botín? ¿Cuál era su relación con el resto de la población? Es cierto que los datos son muy escuetos, por lo que tampoco es fácil llevar a cabo una reconstrucción detallada. Pero tampoco hay un intento de profundizar en las relaciones internas, en los medios que permitían el dominio de las élites. La tesis se asocia más a las relaciones entre los vascones y el resto que entre los grupos que habitaban la propia Vasconia. El problema es que la descripción del poder de las élites se antoja incompleta. Curiosamente, las investigaciones dirigidas por Juan Antonio Quirós están abriendo algunas vías para comprender también esos siglos, donde, al contrario de lo que sucede en otras áreas peninsulares, la formación de aldeas habría sido posterior, a partir del siglo VIII. Un indicio de que pudieron haber sobrevivido lógicas de dominio que impidieron la cristalización de aldeas. Por otro lado, el rechazo a la hipótesis de Quirós sobre la caracterización de las necrópolis como áreas funerarias de las comunidades, puede ser acertada. Sin embargo, lo que late detrás de esa interpretación (que conviene

no desechar completamente) es la existencia de un modelo de fuerte heterarquía, en el que la escala de actuación efectiva de esos poderes es muy local, por lo que élites locales y comunidades actuaban en esferas socialmente poco diferenciadas entre sí. De hecho, los vascones de Julián de Toledo no aparecen identificados como líderes y podrían asemejarse al *senatus* de los *cantabri*, mencionado en la *Vita Sancti Æmiliani*, analizado en su momento por Santiago Castellanos.

Esos comentarios no son críticas, sino hilos para continuar un diálogo a partir de una síntesis extraordinaria, que sitúa claramente a las tierras de los vascones en un marco más general y que se sustenta sobre

sólidas bases. Un libro necesario y valiente, porque su autor hace un enorme esfuerzo interpretativo, que supera las explicaciones realizadas. Una obra fundamental por sus conclusiones, pero sobre todo por el diálogo al que da pie y que será sin duda un punto de referencia durante muchos años no solo de la investigación regional, sino para los estudios del periodo en Hispania y para los análisis de áreas periféricas, en un sentido político, del mundo posromano.

Iñaki Martín Viso

(Universidad de Salamanca)

viso@usal.es

<https://orcid.org/0000-0002-1720-0821>